

caballerías de los libros. Pero haga Vmd. que algun hombre mundanal y libertino, v. gr. un militar ó un cobachuelista (á los cuales honra Vmd. con este li-sonjero título) le lea el cap. 20 de la tercera parte de dicha historia, en que se trata de la aventura de los batanes. Considere despacio (que es muy para considerado) el paso que el buen Sancho Panza se fué soltando bonitamente las aujetas ó el lazo de los calzones, con todo lo demás que verá el curioso lector; y dígame despues, ¿qué le parecé de esta avestrucesima bajeza? mientras tanto que yo le aseguro, que han leído este pasaje innumerables paladares, incomparablemente más delicados y más limpios que el de Vmd., y no han hecho hazañerías ni aspavientos.

De la misma especie son los que Vmd. hace á lo que se dice el núm. 3 del cap. 6. Redúcese á contar que un niño pidió la *caca*; añadiendo que no sabia arremangarse: miren qué bajeza en un capítulo en que se trata de niños; como si no dijera el refran: *Quien con niños se acuesta*, etc. Que no quiero me avestruce Vmd., tambien á mí, si le acabo todo. Pero harto será que lo que más ofendió su pudibundo y doncel gargüero crítico de Vmd., no fuese aquella maldita palabra *arremangarse*, palabra obscena, palabra torpe, palabra diablamente soez, palabra detestable de la última detestabilidad. Dígolo porque así la han interpretado, y han metido mucha bulla otros Penitentes, ó, por mejor decir, otros pecadores como Vmd. Aquí viene lo de no sé que santo Padre: *Verbum purissimum, sed impurissimá interpretatione donatum per mentem impurissimam*. Esta es una palabra limpia, honesta y sana, que la usan á cada paso

los autores más graves y más sérios: si se le quiere torcer á sentido sucio, no es culpa de la voz, sino de los hediondos oídos por donde cuela, y de la apesada imaginacion que la recibe. Lo mismo sucede á otras voces muy honradas y muy puras, que han tenido la desgracia de estamparse en cerebros enteramente vacíos. No quiero decir á Vmd. qué palabras son estas, ni cuales las exposiciones que algunos las dan; porque tiene trazas de entenderlas como el que peor.

Solo me ha de permitir Vmd. que le traslade aquí un bello cuento del célebre Molière, en su *critica de la Escuela de las Mujeres*, que es otra comedia sobre la admirable comedia que compuso debajo de este título; y la *critica* es una noble y graciosa apología en defensa de ella. Notáronla de ménos limpia algunos Penitentes, que debian de ser de la misma fábrica de Vmd.; especialmente en el pasaje en que la taimada Inés, fingiéndose muy sencilla, se burló del ridículo, celoso y extravagante Arnolfo, diciéndole que *su amante Horacio lo habia cogido él, la habia cogido él*; y afectando que no se atrevia á pronunciarlo, hasta que al cabo paró en que Horacio la habia cogido el lazo ó la cinta con que el mismo Arnolfo la habia regalado. Sobre este *él* hacia grandes aspavientos una dama muy remilgada y muy cultilatina, llamada *Climena*; y decia á su amiga *Urania*, mujer sólida y de carácter muy diferente: «El lazo ó la cinta pasen; «pero aquel *él* en que Inés se para ó se corta tan «malignamente, aquel *él* que no se dijo al aire y sin «misterio, aquel *él* sobre el cual se ofrecen á la imaginacion ideas tan extrañas, aquel *él* me escandaliza

« furiosamente; y por más que se diga, nunca se podrá justificar la insolencia del tal *él*: y en fin la honestidad de una mujer. » Enfadóse la solidota Urania, y le espetó esta admirable doctrina: « La honestidad de una mujer no consiste en hazañerías; á cualquiera cae mal afectar el ser más honesta, que las que verdaderamente lo son; la afectacion en esta materia es peor que cualquiera otra. No hay cosa más ridícula que una delicadeza de honestidad, que lo echa todo á la peor parte, que dá un sentido súcio á las más inocentes palabras, y se ofende de la sombra de las cosas. Créeme, que todas esas hazañeras melindrosas no por eso están reputadas por más castas. Al contrario, su misma severidad misteriosa y sus afectados aspavientos irritan la censura de todo el mundo contra su vida; y se celebra mucho el descubrir algo, con que se las pueda hacer callar. » En la misma comedia de Molière, habia unas mujeres en frente de nuestra camarilla ó aposento, quienes, por los gestos que hicieron todo el tiempo que duró la representacion, por sus movimientos de cabeza, por aquel cubrirse la cara á cada paso; hicieron decir mil cosas acerca de su vida, que sin eso no hubieran dicho. Tanto, que hasta un lacayo dijo, *que aquellas mujeres eran mas castas de las orejas, que de lo demás*. Carisimo Penitente, aplíquese esta doctrina, que yo estoy de prisa, y no me puedo detener á hacer la aplicacion.

Pero dígame, candidísima criatura, después de haber tratado al autor de Fray Gerundio de cerbero, de sátiro, de esfinge, de avestrúz y de gavilan, ¿con qué inocencia dice Vmd. que « descubra su rostro,

« nombre y apellido; que no intenta hacerle mal, « sino darle mil gracias, por el noble asunto que ha « tomado, tan preciso y necesario para nuestro reino; « tan útil y decoroso al honor y gloria de nuestra na- « cion, que cualquiera otro asunto debe ceder con « maduro juicio á la necesidad de este argumento? » Ya se vé que no intenta hacer mal: lo más que pretende, es que se le declare por sacrilego, por blasfemo, por hereje.... ¿Y qué mal le puede hacer al pobrecito? Esas son las mil gracias. A mí me parece que aquello de la esfinge con tres caras, venia de molde al inócentísimo penitente: porque aquel mónstruo comenzaba con halagos y acababa con destrozos: y este buen señor, después de haber descubierto un poco más las uñas, las retira, y convida al autor con cariños, para hacerle pedazos con las garras. Solo hay la diferencia, de que aquél era mónstruo de la naturaleza, y el señor Penitente no lo es; porque ni es mónstruo de la naturaleza, ni mónstruo de la gracia, ni mónstruo de la sabiduría, ni (lo que es más) mónstruo de la ignorancia: porque mónstruo es aquel que se desvia mucho de lo comun y regular dentro de la especie; y este buen hombre ni poco ni mucho se desvia de lo regular que vemos en el comun de los ignorantes. Iba á dejar este punto, y me acordé de este cuento. No há muchos dias que un mozancon dió á otro un palo tan fuerte en la cabeza, que el pobre herido estuvo á pique de perder la vida. Prendieron al agresor; tomáronle declaracion, y él dijo con una sinceridad columbina, ó por mejor decir, asnal: *Es cierto que le di en la cabeza un palo con toda la fuerza que pude, y que tiré á ma-*

tarlo; pero no fué por hacerle mal, sino por escarmentarlo de una vez.

El párrafo que se sigue es aún más donoso. «Per-  
«suádome (así comienza) á que nadie habrá cele-  
«brado con más regocijo el feliz éxito de tu conduc-  
«ta, como mi Confesor el P. Fray Matías Marquina;»  
y acaba diciendo: «que el autor de la Historia de  
«Fray Gerundio hilbana en ella tanto monton de dis-  
«parates, etc.» Bendito entre todos los benditos,  
(porque supongo piadosamente que la cuaresma de  
los benditos no la perdona Vmd. y se le alabo mu-  
cho) si fué tan feliz el éxito de su conducta, que  
mereció los aplausos de su Reverendísimo Confesor  
de Vmd. ¿cómo hilbana en su Historia tantos dispa-  
rates? ¿Acaso una Historia, que se reduce á un hil-  
van de disparatés, merece que se celebre por un  
hombre como el Padre Marquina, á título de una  
obra de un éxito feliz? Esto es, de una obra que des-  
empeñó felizmente su asunto: que ¿esto quiere decir  
Vmd. ó nada quiere decir? Santo religioso, ¡y en qué  
manos ha caído! Vaya otro apretón. En el mismo  
párrafo pone Vmd. en boca del propio padre estas  
palabras: «El autor de esta Historia Gerundiana la  
«escribe con acierto, sabiduría, gracia y chiste.»  
Escribir disparates con *sabiduría* y con *acierto*, solo  
podrá comprenderlo la dialéctica de Vmd.: *Utinam  
tam veraciter quam lapidè* ya lo he leído muchas ve-  
ces. ¡*Utinam tam recte quam sapienter!* solamente  
lo leo ahora que Vmd. nos favorece con este descu-  
brimiento. Si se escribe con sabiduría y con acierto,  
no se escriben disparates; y si se escriben dispa-  
rates, no se escribe con acierto ni sabiduría. Ola, se-

ñor mio, mire Vmd. que solo hablo de escribir dis-  
parates en aquella materia misma en que se escribe  
con acierto y sabiduría, que es el punto en que esta-  
mos, y lo que Vmd. dice con poco acierto ni ménos  
sabiduría. Porque por lo demás, acertar en unas co-  
sas, y desbarrar en otras; ser sabio en unos puntos  
y nécio en otros, á cada paso lo vemos. Sirvo á Vmd.  
con esta autoridad de San Jerónimo, que le hará á  
Vmd. al caso alguna vez. *In Tertuliano laudamus  
ingenium, sed damnamus hæresim. In Origene mira-  
mus scientiam, non recipimus falsitatem.* «Alabamos  
«en Tertuliano el ingenio, y condenamos la herejía.  
«Admiramos en Orígenes la pericia de la Sagrada  
«Escritura, y abominamos sus dogmas.» Yo, por el  
contrario, alabo en Vmd. la Religión y condeno la  
necedad. Celebro que sea penitente del Padre Mar-  
quina, y siento que se le luzca [tan poco.

Pero más sentiria su Reverendísima la imprudente.  
nécia, contradictoria y orgullosa exclamacion, que  
se atreve Vmd. á poner en su religiosa boca. Quié-  
renos Vmd. persuadir, que luego que tomó el libro en  
las manos, dijo en alta voz: «Dios quiera, que no  
«sea como el otro, que poniendo la locura en el  
«púlpito, puso su ignorancia, falsedad y atrevimien-  
«to reprehensible, en la crítica que dá á dos religio-  
«sos del número. Dios haga, que por este extraor-  
«dinario medio y rumbo, cese la abominacion, que  
«se ha manifestado en los púlpitos de nuestro reino;  
«y arraigándose en el templo santo, segun la profecía  
«de Daniel, que es la desolacion fatal con que nos  
«amenazó el Señor. *Cum videritis abominaciones,*  
«etcétera. Y así para que este libro no pierda el fru-

«to que esperamos, ni yo carezca de tener compañero en mis deseos, me enteraré de todo su contenido, y pondré los reparos y remedios, que parecen preciso; para que respondiendo á ellos el autor de la Historia Gerundiana, con el acierto, sabiduría y chiste, que manifiesta en ella, quede más firme, calificado y victorioso su trabajo.

¿A quién ha de persuadir Vmd. vuelvo á decir, que una exclamacion tan imprudente, tan nécia, tan contradictoria y tan orgullosa, se deslizase, ni aún por descuido, de los modestos y circunspectos lábios del Padre Marquina? *Imprudente*; porque trata de ignorante, falso y atrevido al autor del papel, *la locura y sabiduría del púlpito de las monjas*, por una crítica justa, arreglada y juiciosa, que hace de dos sermones, que ciertamente la merecen. *Nécia*, porque lo que dice en la crítica que dá, siendo aquella impropia expresion muy ajena de la cultura, propiedad y elevacion de estilo, que intenta acreditar el Padre Marquina en sus escritos, y que es tan precisa en un cronista de su orden. *Contradictoria*, porque en este mismo papel hace Vmd. la crítica á uno de los dos mismos sermones, que critiquiza el autor de *la sabiduría y de la locura*. No hay más diferencia, que donde dice el sermón: *La dama de San Benito al tocador y al espejo con el mas precioso adorno*, pone Vmd. *la dama de San Elías mirándose al tocador con el mas precioso adorno*. A esto llama Vmd. y con mucha razon (mire Vmd. como se la concedo cuando la tiene), *Romance de barbero, compuesto de piés de coplas de ciego; la mayor monstruosidad de la oratoria monstruosa, intolerable algaravía*. Pues una de dos:

ó el Padre Marquina le trata también á Vmd. de falso, de atrevido y de ignorante, por la crítica que dá á este sermón; (y esto quien lo ha de creer en un padre espiritual tan dulce y tan cariñoso como el Padre Marquina, respecto de un hijo de confesion tan rendido, tan dócil y tan devoto como Vmd.?) ó se contradice en lo que exclama, celebrando en el hijo lo que detesta en el padre. Es finalmente *orgullosa* dicha exclamacion; porque respira toda ella una satisfaccion propia; un concepto de sí mismo, que no me acomodo á creer que sea de un hijo tan distinguido del humilde P. San Francisco. Supone la exclamacion, que el Padre Marquina es (por decirlo así) el general, el jefe que sacó la espada, ó declaró la guerra á los malos predicadores, y que los demás solo son subalternos, ó compañeros. Con efecto, éste es el verdadero sentido que se debe dar á aquella expresion, *de tener tan buen compañero en mis deseos*; segun lo que Vmd. nos deja dicho un poco más arriba. Refiérenos, *que habiendo tomado éste (el Padre Marquina) el mismo empeño, que el autor del Fray Gerundio, muchos años hace, declarando metódicamente la falta de oradores evangelicos y la ignorancia de la oratoria en nuestra España, dió á luz en el primer tomo de su Escuela general, aquella noble cátedra de elocuencia y retórica, dividida en dos sermones; para que la teórica y la práctica fuesen una manuduccion, á fin de que todos viesen y aprendiesen esta facultad tan útil y preciosa*. El que tantos años ántes habia tomado el mismo empeño que el Fray Gerundio; el que tan anticipadamente habia dado á luz aquella noble cátedra de elocuencia y

de retórica, dividida en dos sermones, para declarar metódicamente la ignorancia de la oratoria en nuestra España: claro está, que cuando llamó buen compañero suyo al autor de *Fray Gerundio*, solamente consideró á éste como un auxiliar suyo voluntario, que levantando tropas á su sueldo, venia á militar debajo de sus banderas. ¿Parécele á Vmd. que la tal consideracioncilla es muy modesta y humilde? Ahora se me acuerda la respuesta de la mosca. Picaba en la cola á un buey que araba la tierra con otro: vióla el amo, y la dijo: ¿Qué haces ahí, picarona? *Aramus ego et socii. Estamos arando yo y mis compañeros*, respondió la mosca. No permita Dios, que yo tenga por Fray Mosca al Padre Marquina; pero tanto como de Vmd. no puedo ménos de creer que es Vmd. un grandísimo moscardon.

Ahora bien, señor Penitente: yo no solo no he visto esa *Escuela general* del Padre Marquina, ni esa *Cátedra de elocuencia dividida en dos sermones*; pero ni aún tenia noticia de ellas, hasta que me la dió Vmd. en su papelon discreto. Por eso no puedo hablar ni bien ni mal de la tal *Escuela*, ni de la tal *Cátedra*; pero puedo proponer á Vmd. la gran dificultad que me hace, el que en dos sermones se enseñe metódicamente á predicar no solo con la práctica, sino con la teórica. Que dos sermones bien hechos sean dos lecciones prácticas de como se deben hacer eso cualquiera lo alcanza; pero que dos sermones sean lecciones teóricas y metódicas para predicar bien! perdone Vmd. que me hace un guisguis, que no lo puedo apaciguar. Cuanto mejor hechos estén los sermones, más han de distar de la teórica y del

método instructivo para hacerlos. ¿Por qué? porque más se han de conformar con el estilo oratorio; el cual dista tanto del didascalio ó del instructivo, como dista la práctica de la especulativa, y la experiencia de la práctica. En una palabra, si son reglas, no son sermones; y si son sermones, no son reglas; y es preciso que lo sean para ser, no solo una noble cátedra de elocuencia y retórica, metódica, teórica y manuductiva, sino para cualquiera cátedra plebeya y del estado general.

Pero tenga Vmd. que ahora se me ofrece como se puede componer todo. Los misioneros suelen predicar unos sermones, cuya primera parte es doctrina cristiana pura y neta; y la segunda sermon. La doctrina siempre se explica, ó siempre se debe explicar en estilo sencillo, claro y catequístico; que es rigurosamente el didáctico, teórico ó instructivo. El sermon es otra cosa. Ese ya pide figuras, tropos y atracciones. El Padre Marquina es un misionero apostólico, segun dice su Reverendísima; pues ¿qué sabemos si es esta la noble cátedra de elocuencia y oratoria, compuesta en dos sermones de mision, con sus doctrinas y todo; siendo la primera doctrina de la falta de oradores evangélicos; y la segunda, de la falta de oratoria en España? Vé aquí un modo fácil y natural de componer, como estos dos sermones, sin dejar de ser un primor, un *non plus ultra* del arte, sean al mismo tiempo una cariñosa teórica, y segura manuducción, á fin de que todos aprendan y vean esta facultad tan útil y preciosa.

Y más, que para mí tengo una fuerte presuncion, de que los sermones que compusieron esta noble cáte-

dra, y se pusieron, por v. gr. de la *elocuencia y de la oratoria* evangélica, fueron de mision, y no pudieron ser de otra cosa. Voy á decir á Vmd. en qué lo fundo. Dos únicos sermones impresos del Padre Marquina he leído; y los dos tengo en mi poder. Estos no son de mision, ni aún de misionero apostólico, *reduplicative ut* tal (vaya esto para el Padre Lector de artes Fray Toribio): y si todos los sermones que ha predicado su Reverendísima (fuera de los de mision) son parecidos á estos, no creo, ni puedo creer, que un hombre de su juicio los estampase, por v. gr. de la *oratoria evangélica*, y para que *todos vean y aprendan esta facultad tan útil y preciosa*. Y sino, dígame Vmd. en puridad; ¿habia de proponer por modelo de la *oratoria evangélica*, cierto sermón en las honras de cierta gran señora, en que después de haber concluido su asunto con la ejemplar muerte de la difunta, muy correspondiente á su piadosa vida, como si se le hubiera olvidado lo mejor y más del caso, detiene al auditorio un rato más, para contarle que aquella señora tenia un gran lunar en el pecho? Oiga Vmd. las palabras con que lo refiere, que ciertamente no son ni las más prudentes, ni las más discretas, ni las más honestas. « Una noticia me han dado, y es, que habiéndola señalado la naturaleza con una perfeccion extraña esculpida en su pecho, cual era un crecidísimo lunar, procuraba su Excelencia ocultarlo con tanto disimulo, que bien daba á entender reservarlo para su dueño. » Dejo á Vmd. las reflexiones, que se ofrecen naturalmente á cualquiera que lea este raro pasaje; porque ni yo debo seguirselas, ni Vmd. tiene traza de necesitar que nadie se las sople.

¿Habia de proponer por modelo de la *oratoria evangélica* un sermón, en que con ese motivo, dignísimo de que ni aún se le ofreciese á la imaginacion á un misionero apostólico, no deja en los cantares textos de pechos, sin revolver, y en que no se revolque el Santo Padre? Allí hay lo de *Ubera mea sicut turris*; allí lo hay de *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur*; y allí hay todo lo que no debiera haber; sin saber á que viene todo eso; sino que sea á la palabra pechos: asunto por cierto, tan digno de que el auditorio cargase la consideracion sobre él, como el del otro predicador portugués, de quien se finje, que pintando á un mozuelo, que solicitaba á una doncella honesta, cantándola este estrivillo, que el mismo predicador cantaba tambien desde el púlpito: *Min hanenado amarero; si quigeras, ó en qué enquisiero?* Y preguntándole al mozuelo en tono enfático y ponderativo: *¿E qué fora, vilaon, si ela quigera? ¿si ela quigera, que fora?* Vuelto al auditorio le decia: *carregad aquí la consideracion*. No creo que hubiese predicador tan loco que predicase semejante disparate; ni tampoco creeria que hubiese castellano que predicase otro tan parecido, si no lo hubiera visto de molde.

Finalmente habia de proponer el Padre Marquina por modelo de la *oratoria evangélica*, un sermón en que se concluye el famoso episodio de los pechos de la Excelentísima, con esta pinturilla sin quitar ni poner? *Siendo los pechos de nuestra difunta una sierra nevada, en cuya blancura podian peligrar los ojos, ó perder la vista, no quiso que se perdiesen, al ver perfeccion tan alta, que solo para su esposo reservaba su*

*modestia*. Lástima fué que no añadiese debajo: *Faciebat F. Matias de Marquina, misionero apostólico de la Seráfica religion de los capuchinos*. Hablemos en sério. No creo que el Padre Marquina pusiese este sermón por modelo de la *oratoria evangélica*, en su noble cátedra de *elocuencia*; porque seria un modelo bien poco para imitar.

Tampoco me harán creer cuantos aran y caban, que propusiese el otro, tambien impreso, que conservo para mi diversion y para otros efectos, que puede haber lugar en derecho. Predicólo de repente en la santa iglesia catedral de Zamora; y tan de repente, que hoy llegó de camino á dicha ciudad, y mañana predicó el sermón, por estar indispuerto el orador que se habia encargado de él. Pide la buena fé, que no omita esta circunstancia. Lo primero; porque llegue á noticia de todos la admirable facilidad de este Reverendísimo Padre (es verdaderamente prodigiosa). Lo segundo; porque él mismo la publica en el fróntis de su oracion, donde dice que la compuso en pocas horas. Si noto esto, para disculpar los desaciertos que acaso podia tener, no satisface á los que llevan la opinion de que siempre se gasta poco tiempo en lo que se hace bien: *sat sero, quod sat male*. Fuera de que le podrian decir, que la disculpa, podia pasar en una obra forzosa; pero no en una voluntaria: y que, suponiendo desgracia, que se viese precisado á predicar, no podia estarlo á permitir que se imprimiese el sermón. Si advirtió las circunstancias de las pocas horas por otro motivo, ¿qué sé yo si algun malicioso discurrirá, que fué para hacer demostracion de su monstruoso ingenio?

Pero esto no se puede presumir de un misionero apostólico; y así digo que no consiento.

Así pudiera desechar con la misma facilidad los juicios que me asaltaron de tropel, cuando leí en la salutacion las voces y los conceptos con que toca esta circunstancia. Quisome patillas persuadir á que no podian ser más presuntuosas, más arrogantes, ni acaso más sacrílegas. Pues al fin se compara él mismo con Cristo, y en cierta manera se dá la preferencia. Pero no pudo el tiñoso salir con su intento, porque los más en que consentí fué, en que se descubria en ellas una buena cantidad de inocencia, con un gran pedazo de falencia, y una decente dosis de bobería. Ahora bien: el pasaje es largo y pesadillo; pero habrá Vmd. de tragarlo todo; y anímese, que más padeció Cristo por nosotros. Dice así sin perder sílaba alguna.

« Al registrar estos lucimientos, contemplo la re-  
« pentina conmocion del pueblo, no á celebrar las lu-  
« ces de la doctrina, que el orador reparta; aunque  
« por nuevo, por extraño, ó por pasajero, pudiera  
« mover la curiosidad de muchos, como se vió en  
« Jerusalem en la entrada de la Majestad de Cristo,  
« *commota est universa civitas*. Aunque yo discurro,  
« que la conmocion no seria por forastero, solo sí por  
« predicador extraño; y sino veamos lo que sucedió  
« en Jericó. Entró el Señor tan de paso, como yo en-  
« tré en Zamora ayer: *quia inde erat transiturus*.  
« Conmuévese todo el pueblo para verlo, en tanto grado,  
« que los señores y príncipes, como Za queo, desea-  
« ban verlo, y no podian lograrlo: *præ turba videre*  
« *non poterat*. Pregunto yo: ¿seria por predicador

« famoso, ó por forastero peregrino? Por predicador  
 « famoso, dice el doctísimo Silveria, siendo el mis-  
 « mo Zaqueo, á quien buscaba para convertirlo: *Quæ-*  
 « *rens Zacheum ut converteret, ac eum reduceret in*  
 « *viam salutis* (sí, que por forastero debería tan es-  
 « casas las atenciones, como yo he debido). En fin,  
 « tuvo el arbitrio Zaqueo de subirse al árbol, y ver-  
 « en él á la Majestad de Cristo: y tuvo Cristo la aten-  
 « cion de llamar á Zaqueo, quedándose con él un-  
 « dia. *Zachee, festinans descende, quia hodie in domo*  
 « *tua oportet me manere*. No sé si en la entrada que  
 « hice en esta nobilísima ciudad de Zamora, hice pa-  
 « pel de Zaqueo ó papel de Cristo. Muy parecido fué  
 « á Zaqueo en lo pequeño y desatendido, *statura pu-*  
 « *sillus*, muy parecido á Cristo en lo pasajero: *quia*  
 « *inde erat transiturus*. De Cristo tuve el ser predica-  
 « dor forastero; de Zaqueo, el buscar un árbol, don-  
 « de arrimarme para descanso de mis fatigas. Y apé-  
 « nas me arrimé al árbol de una ilustre familia, hos-  
 « picio felicísimo de mi religion Seráfica, cuando  
 « sonándose en Zamora, que habia llegado el predi-  
 « cador Marquina, todos franquean sus casas, con-  
 « vidan con su iglesia, ofreciéndome, para ser más  
 « visto, la eminencia de este púlpito. Si, que no es  
 « nuevo ser, como orador pretendido, el que es como  
 « Zaqueo despreciado.»

¿Parecía á Vmd. posible que el extático P. Mar-  
 quina fuese capaz, no solo de predicar, sino tambien  
 de imprimir todo este conjunto de pobrezas y de ino-  
 centadas? (Porque adelantar tambien á más la censura  
 seria fuerte rigor.) Un varon, que se levanta en el  
 aire muchas veces, con la sagrada hostia en las ma-

nos, como dicen algunos que lo han visto con sus  
 propios ojos (esto vaya por cuenta de ellos), se ha-  
 bia de quejar, y en la publicidad de un púlpito, de  
 las escasas atenciones, que habia debido á la ciudad  
 de Zamora? Un varon de quien se cuentan á docenas  
 las profecias (aunque he oido decir, que en algunas  
 le faltó profetizar lo que habia de suceder al Profeta),  
 habia de decir de sí mismo, que *en Zamora no le*  
*cortejaron por forastero, sino por Predicador famoso?*  
 Un varon, que naturalmente habia hecho milagros  
 como paja, ¿se habia de comparar en nada con Jesu-  
 cristo? ¿Ni habia de afirmar que de Zaqueo tenia *lo*  
*pequeño*, y de Cristo *lo Predicador forastero*, (sino  
 que este sea otro milagro más, pero de arrogancia y  
 de temeridad?) Un varon que habia tenido más visio-  
 nes (imaginarias) que pelos en las barbas, habia de  
 estampar con tanta sandéz, que se *conmovió* toda la  
 ciudad de Zamora, luego que *sonó* que estaba en ella  
*el Predicador Marquina, franqueándole todos sus ca-*  
*sas, y convidándolo con su Iglesia?* Y vea Vmd. aquí  
 en lo que se prefirió á Cristo, cuando entró en Jericó;  
 pues no solo no le franquearon todos sus casas, pero  
 ni aún el mismo Zaqueo le convidó con la suya; sien-  
 do expreso en el Evangelio que el mismo Salvador se  
 convidó, *hodie in domo tua oportet me manere*. Valga  
 la verdad. ¿Creeria Vmd. que un hombre tan santo  
 como el P. Marquina, escribiese ni predicase estas  
 arrogantes parvulices, sino las viera de molde? Vues-  
 tra Merced me dirá que no; pero yo le digo á Vuestra  
 Merced que es un badulaque, más que sea catedrá-  
 tico, si es que responde esto. Por lo mismo que ha-  
 ce Vmd. un concepto tan elevado de un varon tan



santo, debiera creer de él esto y mucho más: porque ninguna cosa acredita más que esto, que el P. Fray Matias Marquina verdaderamente es un santo varon.

Y sino, dígame Vmd. en puridad: ¿quién sino un santo varon, habia de decir, que *los Señores y Príncipes como Zaqueo, deseaban ver á Cristo, y no podian lograrlo?* Zaqueo, Señor ni Príncipe, ¿quién lo duda? Responderá el Predicador forastero, el Predicador famoso, el Predicador Marquina: «¿Pues no dice el Evangelio, *et hic erat Princeps Publicanorum?* «Y este era Príncipe de los Publicanos?» Reverendísimo Fray Gerundio de mi vida, diria yo á su Reverendísima, si tuviera la fortuna de hablar con él, al volver de algun arrobo: ¿Es posible, que el autor de la *Escuela general*, y el catedrático de la *noble cátedra de la Elocuencia y Oratoria*, haya incurrido en una gerundiana tan garrafal? ¿Es lo mismo ser el *Príncipe* de los Publicanos, esto es, el jefe y la cabeza de los Alcabaleros, que ser *Señor y Príncipe?* Por esta construccion, bien podrá vuestra Gerundiedad Reverendísima llamar *Señores y Príncipes* á los capaces de los guadachines, á los mayores de los Pastores y á los capitanes de bandoleros; porque cadauno de estos es el principal de los de su tropa ó cuadrilla. Los Publicanos (bien lo sabe su P. Reverendísima), eran los Alcabaleros, esto es, los que cuidaban de la recaudacion de las alcabalas; gente odiada entre los judíos, y no la más bien quista en los otros pueblos: porque es cierto, que todos los que nos vienen á pedir dinero, tienen mala cara. Zaqueo era en Jericó el principal de estos; porque corria con la recaudacion de la alcabala en aquella ciudad; si por administra-

cion ó arrendamiento, no se sabe. No falta quien diga que era el Administrador general de este ramo de la Hacienda Imperial. Fuéselo en hora buena por muchos años; porque yo no pienso en pretender esta plaza para mí; pero, sea uno ó sea otro, es cierto que hay grande distancia de un Alcabalero en jefe de mucha ó poca tropa, de corto ó largo partido, á un Príncipe ó á un Señor. Tambien es cierto, que en construyendo tan materialmente las palabras de la Escritura, ¿á dónde irémos á parar? Pero vamos adelante con las preguntas.

¿Quién, sino un santo varon, se habia de quejar de las escasas atenciones, que debió á la ciudad de Zamora, al mismo tiempo que confiesa que toda se conmovió luego que sonó, que *estaba en ella el Predicador Marquina; que todos le franqueron sus casas, y todos le convidaron con su Iglesia?* Y esto fué en el primer dia en que llegó; á penas se arrimó al árbol de aquella familia, santísimo P. mió; y estas fueron *escasas atenciones!* Sí, señor; porque debieran haber salido, cuando ménos á dos leguas de distancia de la ciudad, el Cabildo, el Clero, las Religiones y todo el pueblo procesionalmente, á recibirlo con el palio: debieran haberse repicado todas las campanas; debieran haberlo conducido á la iglesia Catedral, y allí cantar solemnemente el *Te-Deum* en accion de gracias, por el gran beneficio que dispensaba Dios á aquel antiquísimo y nobilísimo pueblo, en dejarle ver dentro de su recinto al Archi-Misionero Apostólico, al extático cronólogo, al critieo, en una palabra al Predicador Marquina. Todo lo que no fué hacer esto, perdóneme la ciudad de Zamora, que fué escasearle

las atenciones con una economía que se acerca á mezquindad.

¿Quién, sino un santo varon, se habia de explicar con esta grosera frase: *La Magestad de Cristo tuvo la atencion de llamar y de favorecer á Zaqueo?* Es posible que un hombre tan cortesano, y tan palaciego, que estuvo para ser una gran cosa, (segun he oido decir que él lo ha dicho muchas veces), hablando de la Magestad de Cristo, se explique con tanta impropiedad? La Magestad respecto del vasallo, podrá tener la dignacion, podrá tener la bondad; ¡pero tener la atencion! ¿quién se habia de explicar con esta glose-ria, sino que fuese aquel culto francés, recién venido á Madrid, á quien se le habian pegado las frases de la gran moda, que él explicaba con el mayor despropósito del mundo, á cuanto se le ofrecia? Preguntáronle si habia cumplido ya con el precepto pascual, y él respondió: *Yo tuve la bondad de arrimarme á la sagrada tabla, donde mi divino Salvador tuvo el honor de entrar en mi pecho; porque hice mis Pascuas el domingo de Pasquilla. Vea aquí Vmd. mi billete, hablando de la cédula de Comunión).* Finalmente, ¿quién, sino un santo varon, habia de decir, que fué muy parecido á Cristo en lo pasajero? ¿Y por qué? Porque Cristo habia de pasar de Jericó, y el P. Marquina de Zamora. Pues no advertia la candidísima criatura, que por esta cuenta serian más parecidos á Cristo los correos, los traginantes, los arrieros y los maragatos; porque son cuatro clases de pasajeros que se conocen en los caminos reales.

Basta este echantillon del famoso inpromptu ó ser-  
mon repentino]del P. Marquina, para que yo me per-

suada, y tambien para que Vmd. crea, que los dos Sermones que propuso su noble cátedra de *Elocuencia* y de la *Oratoria en España*, no fueron por lo ménos, este ni el susodicho, de la pia consideracion sobre los pechos de aquella gran Señora. Y así no siendo posible sino que todos cuantos sermones panegíricos ha predicado este Padre, sean muy parecidos á los mencionados, segun aquella decantada sentencia de nuestros abuelos: *Quien hace un cesto, hará ciento;* y otra no ménos honda: *Por el hilo se saca el ovillo.* Infiero así concluyentemente, que los dos modelos que propuso, serian dos sermones de mision; los cuales por lo ménos no tendrian ni un lunar tan crecido como el primero, ni tantas manchas, borrones y candideces como el segundo.

A vista de esto, considere Vmd. señor Penitente (¡válgame Dios! ¿y cuánto tiempo hace que no nos hablamos?) si será verosímil, que su P. Confesor prorumpiese en la exclamacion que Vmd. le supone, y mire en Dios y en su conciencia, si aún, dado que sea suya, hará caso el bellacuelo autor de la *Historia del Fray Gerundio*, de los reparos y de los remedios que á su Reverendísima le parecieron precisos. Salvo que sean algunos reparos para el estómago, y algunos remedios contra la hidropesía; porque he oido decir que padece bastante; y tambien de ciertos entripados, que los vulgares llaman *retorcijones de tripas*. Y así verosíblemente el grandísimo picaron hará un grandísimo desprecio de los reparos del Confesor; no obstante el aprecio que hace de su persona (supuesta la antigua y fidelísima amistad de que Vuestra Merced nos da noticia; y creo que será así, pues

basta que Vmd. lo diga.) ¿Qué bulla y zumba, y qué chacota no hará de los reparos y de los remedios que Vmd. le ha prometido, con la terrible propuesta en tono de amenaza, de que sino le satisface á ellos, le ha de delatar? ¡Pobre Gerundiano! (así se ha servido Vmd. de bautizarle con toda solemnidad, sin omitir las palabras y forma del bautismo: *Ego te baptizo*, etc. traidas con tanta sal, con tanta oportunidad, y con tanta reverencia, que encanta): ¡pobre Gerundiano! vuelvo á decir, ¡y qué tamañito estarás, si han llegado á tu noticia estos reparos y esta formidable amenaza, especialmente si es cierto lo que me han informado de que el tal autor Gerundiano es de corazón arrugado, meticuloso, pusilánime y espantadizo! Como quiera tengo por cierto que á Vmd. le ha de responder con solo un gargajo; y á su amenaza, con esta fábula de Fedro, que va en romance, para los que no saben mentir en latín:

En el tñmon de un carro iba sentada  
Una mosca de burro (¡ay! que no es nada).  
Decíala á una mula remolona:  
«Trata de andar á prisa, picarona;  
«Que sino, he de meterte por la panza  
«Este aguijon más grande que una lanza.»  
Y á este tiempo enseñaba sin mucho arte  
Una punta sutil por ma a parte.  
Respondió la mula (era bellaca):  
«No veo bien si es aguijon ó estaca.  
«Tus gasconadas me hacen reir mucho!  
«¿Qué ha de hacer un insecto, un avechuchu,  
«Cuyo sucio instrumento  
«Sacar sangre podrá solo á un jumento?  
«¿Sabes á quién temo? A ese morlaco,  
«Que lleva el palo bajo el sobaco;  
«Y si le dá la gana,

«Me mosquea el pescuezo y la badana.  
«¿Pero temerte á tí? ¡Bueno por cierto!  
«Vete á comer, que esta allí un burro muerto.

Basta de primera carta. Espere Vmd. la segunda, si me diere la gana de escribirla. Guarde Dios á Vmd. como Vmd. há menester.

*Tal parte, tal día, tal mes, y tal año.*

B. L. M. de Vmd. su lo que quisiere.

Quien Vmd. gustare.

Señor Don Cualquiera.

## CARTA SEGUNDA.

*De aquel mismo Quidam, para aquel propio Quidam.*

Muy señor mio: con efecto caí en la tentacion de remitir á Vmd. la carta de marras; y Vmd. cayó en la tentacion de responderme, que la recibió. Díceme que le ha hecho reir hasta pedir cuartel; pero añade, que si la viera el Padre Marquina, duda mucho, que le diese á Vmd. gana de reir. ¿Y por qué no? ¿Pues acaso al dicho padre se le toca ni aún en el pelo de la barba? ¿No se le procura sacar indemne del falso testimonio que le levanta su inconsiderado penitente? Significame Vmd., que no parecen fuertes las razones con que se le procura excusar. ¿Y qué culpa tengo yo de eso, sino se me ofrecieron otras mejores? Concluye Vmd. este punto, diciendo, que ántes que llegase mi carta, ya sabian muchos ciertamente, que el papelon de los reparos era del Padre Marquina; y